

G-F 11059



ADCC
A

CB. 1168754
E. 135151



A. E. M.

SERMON
SOBRE
LAS TRES CORONAS
DE LA MUJER CATÓLICA



SERMON
SOBRE
LAS TRES CORONAS
DE LA MUJER CATÓLICA

PREDICADO EN LA IGLESIA
DE NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS DE VALLADOLID
EN SU NOVENA DEL AÑO 1876

POR

EL DR. D. JUAN GONZALEZ

DIGNIDAD DE GHANTRE
DE AQUELLA SANTA IGLESIA METROPOLITANA.



CON LICENCIA ECLESIASTICA.



MADRID.

IMPRESA DE D. A. PEREZ DUBRULL,
Calle de la Bola, núm. 8.

1877.



R. 105439

A LA
VIRGEN INMACULADA

BAJO EL TITULO DEL CARMEN

*Flor del Carmelo, tierna Madre mia,
Mi esperanza, salud, vital y nuevo
Aliento que respiro en este dia,
Y á vuestro amor le debo,
Pues por Vos siempre he sido
En paz y dulce calma sostenido.*

*Á Vos sola en derecho pertenecen
CORONAS que ofrecí á la mujer santa,
Y que cierto y seguro se merecen,
Cuando aquí... en lucha tanta,
Y escollos y tormentas,
Como Madre y Modelo ; Tú...! la alientas.*

JUAN GONZALEZ.

Valladolid 12 de Abril de 1877.



Surge, prospera, amica mea, et veni.
Levántate, date prisa, amiga mia,
y ven.

Casi me faltan fuerzas, señores, para ponerme á considerar y daros á conocer la pavorosa gravedad del presente momento social, por temer haya alcanzado tales proporciones, que la historia, no pudiendo detenerse ante el terror de sondear abismos, porque está obligada á comprender todo lo que ha de narrar, no encuentre luégo sino lágrimas ó sangre con que darle á conocer á la posteridad asombrada. ¡Oh vosotros los que os empeñais en suponer que el sacerdote es hombre de política! ¡Cómo os equivocais! Es únicamente, aunque muchos no han querido comprenderlo, segun creo, más por falta de reflexion que por malicia, el hombre ó el amante de la sociedad; el hombre amante de que á la ciencia se le den puntos de partida luminosos que engendren progresos legítimos; de que á los ricos se les ampare con todo género de defensas contra las constantes amenazas del proletariado seducido, y de que á los pobres se

les atienda con aquel amor y solícito interés de que son dignos por su doble calidad de prójimos y de cristianos. Esto que digo soy y quiero, ¿no vale tanto para la sociedad como la mejor Constitución escrita?

Sí, señores. Abrid, ¡por Dios! los ojos, mientras aún sea tiempo. La llaga social, que vengo señalándoos á vosotros hace veintidos años desde estos púlpitos, y á España mucho más; cuando con mi pluma, llevada todavía por dedos muy tiernos, anunciaba el peligro de intereses muy altos, ante sofismas aceptados como principios; esta llaga, digo, se encuentra ya descubierta á vuestros ojos en toda su alarmante amplitud, con todo su color gangrenoso, con todos sus repugnantes olores irresistibles. Ante esta sombría perspectiva, que pido á Dios no se encarguen de iluminar siniestramente con su lógica inexorable las revoluciones, me he puesto á considerar dónde podría buscarse, dónde se podría encontrar un bálsamo que comenzase por suavizar algún tanto los agudos dolores que esa llaga hace sentir en su entraña muy delicada á la sociedad; y á favor de esta tregua lograr más tarde el conseguir para tan grave mal un completo remedio. He pasado para ello revista, digámoslo así, á los que ordinariamente son considerados como elementos de salvación en las grandes crisis de las naciones, las armas, la ciencia, el poder público... y no habiendo encontrado sino pasiones desbordadas, aberraciones, violencias, extravíos, subversion de ideas, anarquía de cabezas, pequeñez de pensamientos, volcanes abajo, tempesta-

des arriba, y qué sé yo cuánto más... me he decidido á buscar la fuerza en la debilidad, para que sea más patente el milagro de la salvacion social. Voy á buscarla, sí, en la mujer, que no entiende de filosofía, ni discute jamás contra su corazon; en la mujer, que ve más que el hombre viviendo como vive en el mundo de los afectos, y que tiene horizontes ilimitados ante sus ojos cuando ella abre los inagotables tesoros de su alma. De este paraiso de su noble corazon voy á tomar las flores que han de tejer sus tres coronas, las coronas más gloriosas de la mujer católica. Porque la sociedad agradecida pondrá sobre su cabeza:

Primero, la corona que merece cuando con su fé hace guerra á la impiedad. *Segundo*, la corona á que se hace acreedora cuando con su pureza declara guerra á la espantosa corrupcion de las costumbres; y *Tercero*, la corona que se le debe de justicia cuando con su caridad combate el egoismo de los corazones. Esa impiedad, ese ceno y ese egoismo son los que abren y envenenan cada vez más la que ahora llamo triple llaga social.

Como la primera coronada en esta gloriosa empresa es la Inmaculada Virgen María, á su intercesion recurro pidiendo los auxilios de que necesito. Digámosla al efecto

AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE.

Si se me pregunta cómo el hombre instintivamente religioso, y con un alma naturalmente cristiana, según afirma un antiguo apologista, puede renunciar á esa necesidad tan apremiante de abrazar la verdad una vez conocida, sobre todo cuando esta verdad le da resueltos los más pavorosos problemas de la vida, no responderé sino que el hombre opone esa resistencia las más veces porque no se aplique el hierro candente de la moral católica á la doble llaga del orgullo de su espíritu y de las pasiones de su corazón. El funesto sistema de las negaciones no ha sido engendrado, en efecto, sino por los terrores de la conciencia obstinadamente culpable. Algunos críticos ó pensadores han supuesto que el no ser nuestro siglo xix lo que parecía debía de ser en vista de las tristes experiencias del pasado, ha consistido, ó en no haber encontrado para ello guías seguros, ó en que han detenido su voluntad los restos todavía animados de las tradiciones corrompidas. Adhiriéndome á esto último, he pensado siempre, y pienso, que la vida del siglo presente no podía ni puede dejar de ser vida laboriosa, crítica, de azares, de peligros, en razón de que es siglo de

ensayos, en el cual, y en el crisol ardiente de la vida práctica de las naciones, habian de ponerse á prueba las ideas vivas áun y sus consecuencias, legadas por los sofistas y novadores de la última centuria. Por eso, desde este mismo púlpito, hace cuatro ó cinco años, envié yo un saludo entusiasta al siglo xx, al siglo próximo, por creer, como para mi consuelo creo, que, agotadas en lo que falta del presente todas las experiencias, la sociedad alcanzará su reposo; y mis cenizas, decia yo entónces, perdidas por ahí, saltarian de gozo, si pudiesen, al oir los cánticos de la resurreccion social europea, despues de tantas crisis peligrosas. Veais lo que veais, no debe dudarse de que tanto en el mundo antiguo como en el nuevo, con ese prodigio de la palabra compitiendo en velocidad con el rayo; y del vapor, agente el más sutil, arrastrando como débiles aristas, por los campos y más impenetrables montañas, ciudades enteras, y con el auxilio además de un verdadero progreso en los estudios trascendentales, comienza á verificarse un misterioso trabajo de renovacion, cuyo secreto y mecanismo no vemos todavía sino entre tupidos velos, pero cuyo presentimiento se encuentra en el agitado fondo de todas las almas.

Pues bien, señores: para ver realizado en el porvenir este ideal social, creo que han de ayudar más las mujeres que los filósofos y oradores fastuosos; porque éstos podrán llegar á ser la gala de una sociedad, pero no la salvan; ántes bien, todo suele perecer entre las manos de

esos hombres de palabras; al paso que la mujer, maestra de la vida práctica, de la vida íntima, de la vida tierna, de la vida feliz de las familias, ese ángel del sueño de sus hijos, ese bálsamo de los dolores de su marido, obteniendo el sentimiento enérgico de la verdad, le da vida con todo el calor de una pasión, y si no sirve para formular el mecanismo de las sociedades, posee el acierto instintivo para señalar su dicha.

La moderna civilización lleva en su seno un germen de muerte, porque, ó no cree en Dios, ó presume que puede pasarse sin él. Esta loca guerra á lo que es en religión la primera verdad, en la naturaleza la primera causa, en las artes la primera belleza y en la ciencia de gobernar á los hombres el primer artículo de su Constitución, hace que la sociedad se sienta gravemente enferma, y que llame á la mujer católica en su auxilio, ofreciéndola una corona, si la salva con ese amor á la fé religiosa que llena su alma.

Es la mujer, en efecto, un sér dotado de tan singulares cualidades y circunstancias, que llegaría á ser un mónstruo si no fuese profundamente religiosa. Su propia débil condición, por un lado, la hace estar sintiendo siempre la fuerte necesidad de buscar auxilios para su flaqueza y lenitivos para sus dolores; para sus dolores de mil especies, interiores y externos, carga pesadísima que echó sobre ella el pecado original, en que tuvo una iniciativa tan poderosa. Por otra parte, habiéndola enriquecido el Criador divino

con una inagotable ternura de afectos y con esa tan enérgica pasión de amor, la mujer, á quien su amor le hace ver tanto ó más de lo que le hace ver su fé, se siente impulsada por una irresistible fuerza á buscar y amar al Bien infinito, ó por lo ménos todos los objetos donde ve huellas de bien y por consiguiente huellas de Dios y caminos para llegar hasta Él.

Pero la mujer católica en el presente período social no puede contentarse con mantener dentro de su corazón el sentimiento religioso, que se ahogaría quizás allí sin dilataciones que trajesen á su misma alma el oxígeno de la vida. Porque hay sentimientos que los espíritus ardientes ni inspiran á otros, ni ellos prueban sino dilatándose mucho fuera de sí. La fé religiosa de la mujer ha de ser como esos hervideros, el fuego de cuyas aguas, no pudiendo contenerse en un estrecho seno, sale de la tierra convertido en raudales vaporosos para curar las dolencias de innumerables enfermos. La parte inmensa que tuvo la mujer en la ruina del género humano, prestando dócil oído á las sugerencias del ángel de la mentira y de la muerte, oblígala á mostrarse como co-redentora, haciendo guerra sin tregua al espíritu rebelde y á todas sus obras durante este convulsivo período de lucha y de pruebas que se llama vida. Pesa además sobre la mujer una inmensa deuda de gratitud al Cristianismo que, ante el marido y ante los hijos, le ha devuelto su dignidad, redimiéndola de la esclavitud y abyección en que se hallaba, y elevándola á la categoría de señora de su casa don-



de ántes no era sino un mueble, una mercancía ó una bestia de carga. Al Cristianismo, pues, que la ha ennoblecido y ha puesto en su frente la diadema de reina de la familia, débele la mujer católica su corazon y su celo, para hacerle amar de los que le aborrecen, para que le sigan los que de él huyen y para que le practiquen los que le desprecian y conculcan.

En esta empresa tan gloriosa tiene á su vista la mujer católica inmortales modelos que imitar: la Vírgen Santísima, escudo de la fé y maestra de los discípulos de Jesucristo despues de la Ascension; las Marías, las mujeres del Evangelio, fieles compañeras del Salvador, que anunciaron presurosas á los Apóstoles el milagro de la resurreccion; las mujeres apostólicas, tantas y tantas, llamadas por Orígenes y San Jerónimo ministras de la Iglesia, las Tabitas, Flavias Domitilas, Petronilas, Pudencianas, Práxedes, Lidias, Priscilas y muchas más; y aquellas otras que sirvieron de auxiliares á los Santos Padres de la Iglesia y á los Emperadores cristianos para afianzar la obra de la Religion, como las Marcelas, las Paulas, las Macrinas, las Antusas, las Olímpíadas, las Elenas, las Pulquerias, las Ireneas, las Teodosias y otras innumerables. Sería interminable la narracion si me pusiese á decir y á glorificar el nombre de todas las ilustres mujeres que, en la série de los siglos cristianos, han sido hasta hoy mismo los auxiliares de la Iglesia, para propagar y hacer que se conservè la fé religiosa y vengan al conocimiento de ella y la amen los que la aborrecian ó ignoraban. Por eso

hay que decir á la mujer católica, con el Espíritu Santo en el libro de los Cánticos, y nunca con mayor razon que ahora: «Levántate, date prisa, amiga mia, y ven.» *Surge, propera, amica mea, et veni.*

Ven, ven, mujer católica, ven pronto á salvar esta sociedad que corre á marchas forzadas al peor de los paganismos. La fé cristiana tiene que refugiarse en vuestro corazon, verdadero pozo donde, como en otro tiempo entre los judíos, queremos los sacerdotes, siguiendo el consejo y ejemplo de los Sales, Loyolas y Borromeos, guardar el sacro fuego del altar, para que arranquen de ahí rayos de luz católica y no perezca, á fuerza de impía, esta vieja Europa. *Surge, propera, amica mea, et veni.* Levántate de tu indiferencia, mujer católica; enciende la candela de tu fé, registra los rincones de tu casa, y límpialos de impiedad, como buscarías con la luz en la mano una joya perdida. *Surge, propera, amica mea, et veni.* Ven, mujer católica, ven pronto: yo te lo pido en nombre de tu pobreza, si eres pobre; en nombre de tu riqueza, si eres rica; en nombre de tus hijos, en nombre de la Religion y en nombre de la sociedad. Las causas que defienden las mujeres no se pierden nunca, y las coronas que por este triunfo habeis de merecer no se marchitan jamás. *Surge, propera, amica mea, et veni.*

Esta es la primera corona ofrecida á la mujer católica que quiere merecerla.

SEGUNDA PARTE.

Muchos hombres, á quienes no llamo filósofos porque no merecen este honroso título, quisieran que la Religion no fuese sino un mero pensamiento, ó lo más un hábito muerto, sin ninguna influencia positiva y eficaz sobre la regla de la vida y las costumbres. Pero ¡cuánto se engañan! Para el cuerpo ha de ser el alma lo que para el alma es Dios; resultando de ahí que esta maravillosa cadena de tres eslabones no puede dejar de ser la más fecunda corriente de la vida social. Porque las verdades morales, que son la regla de la vida humana en todas sus relaciones, no son sino destellos desprendidos de la verdad religiosa; y el amor á la materia ó á la tierra será siempre una consecuencia necesaria de la emancipacion de la fé. Por estos caminos tan vários de la corrupcion material, del desborde de las pasiones hediondas, del amor de los placeres sensuales, han llegado todas las civilizaciones á su hora postrera, á su funesto fin, perdiendo, al mismo tiempo que su vida moral, su fuerza y pujanza soberanas. La actual sociedad tambien, en los agudos dolores que la causa esta fétida llaga, reclama del mismo modo el auxilio de la mujer católica, ofreciéndole una corona de inmarchitables azucenas, si la salva con su pureza instintiva, con su pudor invencible.

Surge, prospera, amica mea, et veni.

La mujer es, en verdad, un castillo dentro del cual se encierran grandes preciosidades que constituyen su mérito, su valor, su destino verdadero, su predestinacion social, su predestinacion providencial. Pues bien; Dios ha querido que ese castillo, áun siendo al parecer tan débil, no esté guardado más que por sí mismo, por la misma mujer, dotándola al efecto de una arma poderosa con que rechace, como una heroína, todo ataque, toda tentativa, toda maniobra; arma invencible, como no la haga pedazos la mujer misma. Tal arma es el pudor, la castidad ó la pureza.

Esta preciosísima virtud de la pureza, una de las grandes maravillas que engendra la Iglesia católica, es por excelencia y por instinto la virtud de la mujer, su más bella flor entre todas las de la tierra, y la mejor diadema que puede llevar sobre su frente, que con ella es frente de ángel. Sea el que quiera el estado de la mujer ó su condicion, siempre será verdad que en ella la decencia grave es como la santidad de la hermosura. Convertida la actual sociedad en una nueva Pentápolis, que se abrasa y arde en lujuria, la mujer católica ha de comprender que para ella no debe haber asiento en esta orgía incesante, hácia la cual, ni áun cuando huye, debe volver la cabeza, so pena de transformarse, no en sal, como la mujer de Lot, sino en estátua de fuego. Porque si la mujer, en el fondo de cuyas afecciones hay tantas felicidades y tantas lágrimas, tantas sublimidades y tantas miserias, ha de ser tímida en todo tiempo

para sus manifestaciones morales ó físicas; si su alma, despues de esos recogimientos misteriosos dentro de sí misma, á que frecuentemente se entrega, de espíritu, goces ó luchas, al decir luégo lo que siente y al revelar esos secretos íntimos que ella sola posee, ha de temer siempre si habrá pensado, si habrá dicho, si habrá hecho demasiado; si la mujér, teniendo una continua necesidad de emociones por su sensibilidad tan exquisita, debe de ser tan recatada y hacer uso de tantos saludables velos, áun para realce de su misma belleza, con especialísima razon en el presente estado de las costumbres, su pudor, derramándose, á manera de perfume aromático, por ojos, por lábios, por oídos y por todos sus movimientos, ha de disipar en esas calles, en esas plazas, en esas reuniones, en esas casas, en esos teatros, el fétido olor que allí dejan las pasiones más vergonzosas.

Encontrándoos, señoras y señoritas católicas, en una sociedad como esta, ¡mirad lo que haceis! Porque no sólo debeis absteneros, para lustre y hermosura de vuestras almas, y áun de vuestros cuerpos, de causar y fomentar vosotras mismas ese mal tan pernicioso con una conducta poco pura, sino que debeis combatirle con denuedo para salvar áun materialmente la actual sociedad. Sed ángeles, para que seais la honra, el ornamento y la verdadera elegancia de las poblaciones, y se añadan á vuestros atractivos naturales las bellezas morales, muy superiores á la hermosurà corporal, frágil flor que en breves dias se marchita y se pierde. De la mujer teme-

rosa de Dios, dice el Espíritu Santo, es ella misma su propia alabanza. La sociedad se abrasa... corred, señoras y jóvenes cristianas, á apagar el incendio con el agua fria de vuestra honestidad. *Surge, prospera, amica mea, et veni.*

Tambien en esta empresa vais noblemente acompañadas, pues llevais de abanderada en ella á la siempre purísima Vírgen María, á muchas ínclitas mujeres de la Antigua Ley, como las Rebecas, las Ruth, las Saras, las Judith y mil más, y á ese innumerable ejército de vírgenes cristianas, de madres honestas, de viudas ejemplares, que llena las páginas más gloriosas de la historia de la Iglesia y de la sociedad civilizada. Venid, pues, pero venid pronto, á recibir la corona de azucenas inmarcibles ofrecidas por la sociedad juiciosa, que se siente morir de lujuria y cinismo. *Surge, prospera, amica mea, et veni.* Venid, venid á ganar esta segunda corona que, de acuerdo con la Religion y la moral, os ofrece la sociedad en vísperas de podrirse.

TERCERA PARTE.

Debilitadas en la sociedad la regla religiosa y la regla moral, el hombre ni sobre sí, ni á su lado, ve otra cosa que su persona; el Yo-soberano, el Yo-Estado, el Yo-Sociedad, el Yo-Dios; el egoismo, en una palabra, bajo todas las formas que sabe darle el vicio, la pasion, el interés, el orgullo insano, la codicia insaciable, to-

dos los instintos corrompidos ó degenerados, aunque sea ver arder á Roma y exponer á un naufragio calculado á su propia madre, como lo hizo Neron; ó dar el título de cónsul á su caballo, y por envidia pretender que desapareciesen los escritos de Homero, Virgilio y Tito Livio, á ejemplo del mónstruo Calígula. En este infierno del egoismo no hay sino fuego capaz de reducir á pavesas unas generaciones tras otras. Por eso aquellas palabras que, ya en el dintel de la muerte, pronunció Jesucristo, como legado soberano hecho á los pobres, á los indigentes, á los enfermos y á los abandonados, fueron firmísima palanca que removi6 el mundo pagano; pues que equivalen á elevar el infortunio á la categoría de divinidad, al decir el Salvador: «Lo que hicisteis á uno de estos pequeñitos, á mí lo hicisteis, y lo que no les hicisteis, á mí no lo hicisteis.» Si Moisés, al tocar la roca con la vara, hizo brotar de ella agua viva, Jesus, hiriendo con esas palabras la dura corteza del corazon humano, ha abierto en él un inagotable manantial de caridad, doble gracia que ha socorrido á innumerables afligidos y salvado á mayor número de pecadores. La actual sociedad, si no ha de dar lugar á que el egoismo, que la ha invadido, la conduzca á una disolucion segura, despues de hacerla pasar por decepciones amargas, debe de la misma manera implorar el auxilio de la mujer cat6lica, ofreciéndola una corona de rosas inmortales, para que en medio de la tierra haga revivir la excelentísima virtud de la caridad.

Afortunadamente todas las facultades y fuer-

zas de la mujer la llevan derecha é instintivamente á practicar esa eminente virtud. Porque amando la mujer tan naturalmente como corre el agua, como descende la piedra, como canta el pajarillo; amante por instinto y no por razonamiento, su amor es como su fé, y ama como cree, porque Dios lo quiere, sin conocer las causas de su amor, ni su naturaleza, ni sus consecuencias. Esto supuesto, la caridad, que es una manifestacion de ese amor hácia nuestros semejantes desgraciados, recibiendo vida y energia de nuestro amor hácia Dios, es, en primer lugar, una inmensa fortuna para la mujer, es su tabla de salvacion; porque el amor, que es su fuerza y su destino, convirtiéndose en *caridad*, encauza, digámoslo así, las aguas impetuosas de su corazon, que, desbordándose por tantas impresiones y tempestades como combaten á las imaginaciones ardientes, no habria campiña por donde no llevasen el naufragio y la muerte, áun de ella misma, las pasiones de la mujer. Su caridad, como canal que recoge las aguas más puras para satisfacer la sed de todos los desgraciados, modera la fuerza de la corriente de sus enérgicos afectos y les hace marchar por esas vías pacíficas desde donde se desprenden para la sociedad rocíos y vapores benéficos que la inundan en consuelos y en dichas.

Nada, en efecto, hay más sublime para mí que el espectáculo que ofrece la mujer católica cuando, con su sonrisa de ángel, penetrando en los lóbregos é insanos albergues de los pobres y desgraciados, examina por sí misma sus nece-

sidades, las estudia hasta en sus pormenores más minuciosos y aún repugnantes, y fija su tierna mirada lo mismo en la honestidad de la jóven indigente, para atenderla con delicada solicitud, como en los harapos del anciano, insuficientes para reservarle del frio; porque los consuelos que prodiga á unos, y los consejos y correcciones oportunas con que amonesta á otros, derraman, en medio de los pueblos y ciudades, bálsamos que, si fuesen por mayor número de manos difundidos, llegarían á ser bastante poderosos para suavizar y aún cerrar esa llaga abierta en la moderna sociedad, y que reclama con urgencia fijen en ella su atencion las clases acomodadas. Estas saben ya que las revoluciones pueden fácilmente originarse cuando ellas se olviden de mejorar la condicion material y moral de los pobres, y deben haber adquirido sobrado instinto político para no abandonar á los elementos revolucionarios la mision de aliviar las desgracias de los miserables. La sociedad, en peligro por los sofismas con que se está pervirtiendo á la clase ínfima, necesita de la mujer católica, tanto como la naturaleza há menester del sol, tanto como contra el mar necesitamos de barreras invencibles.

Preséntanse del mismo modo en el desempeño de esta mision caritativa, como ilustres coronadas, muchas insignes mujeres, honra del Evangelio y orgullo de la especie humana. La primera, como siempre, es la Inmaculada Virgen, visitando, á través de montañas, á su prima Santa Isabel, y apelando al poder de su Hijo para

socorrer en una necesidad doméstica á los desposados de Caná. Supieron luégo imitar á la Virgen aquellas primitivas mujeres del Cristianismo, que tan caritativas y generosas se mostraron con los Apóstoles, con los defensores de la Religion y con los fieles perseguidos. Santa Fabiola fundalos primeros hospitales, y despues siguen su ejemplo tantas y tantas mujeres de todas categorías y condiciones, consagrándose al servicio de sus semejantes, especialmente pobres y enfermos, y preparando el camino á ese heroismo de amor, que á la Hija de la Caridad la convierte de flaca criatura en genio sublime de la fuerza y la vida.

A vuestra vista he puesto ¡oh señoras! las tres coronas que podeis llegar á merecer, y que corresponden á las tres llagas que la actual sociedad lleva en su víscera más delicada... Acudid pronto á cortar el mal, porque la gangrena puede estar próxima. De la incredulidad que ataca al origen de la fé y al cimiento de la razon, dejando en la sociedad muerto ó muy debilitado el doble principio de la vida, libradla con vuestro celo religioso para propagar las verdades católicas: de la corrupcion y libertinaje que en las costumbres y en la sociedad, así doméstica como pública, causan males de tanta trascendencia que no habrá lágrimas con que llorarlos debidamente, libradla con vuestra pureza, siempre edificante, aún á los ojos de los hombres más depravados; y del egoismo que convierte en mármol el corazon, haciéndole insensible al infortunio de nuestros prójimos, li-

bradla con esa caridad que hace brotar lágrimas de vuestros ojos siempre que se les descubre un dolor ó escuchan vuestros oídos un quejido. En la actual sociedad hay falta de fé, hay falta de moral, y hay sobra de egoísmo; y por tanto, véese ancho terreno donde la mujer católica puede desplegar su santa actividad, su fuerza de atracción y esas otras cualidades que hacen de ella el más rico ornamento de los pueblos. La sociedad, señoras, os espera para coronaros. ¿Quereis venir? Harto mejor será esto que el veros quizás algún día maldecidas por vuestros hijos, cuando ellos sean tristes víctimas de males que vosotras hubiéseis podido evitar.

¡Oh! ¡No digo más...!

Bajo el triste manto de vuestras *Angustias* recoged las nuestras ¡oh Madre dolorosísima! que no son pocas ni pequeñas. Si con el firme propósito de conquistar las coronas que se le ofrecen, acude la mujer católica á Vos, que sois la celestial Coronada, animadla y fortalecedla. Amparadnos á todos en la comun y particular tribulación; y ya que la presente vida no se pasa verdaderamente sino de angustia en angustia, otorgadnos que con la consideración de las vuestras se nos hagan dulces las que á nosotros nos affijan, y por ese camino logremos llegar á la mansión de los consuelos eternos é inefables de la gloria. Amen.

